



¿Qué es la restauración de km 0?

Por Fernando Vegas y Camilla Miletos

Slow Food es un movimiento internacional, fundado en 1986 en Italia por Carlo Petrini, que lucha contra la estandarización del gusto en la gastronomía, promueve la difusión de una filosofía que combine placer y conocimiento, y defiende la salvaguarda de las tradiciones gastronómicas regionales con sus productos y métodos de cultivación. El concepto asociado de cocina km 0 nació poco después, como una reivindicación del consumo local que permita desarrollar una economía basada en la producción, procesamiento, distribución y venta de alimentos de la localidad, comarca o región y evitar el gasto medioambiental derivado del transporte, dentro de una filosofía que persigue la sostenibilidad en su sentido más amplio.

Igual que en la gastronomía, se podría definir la arquitectura km 0 como aquella que apuesta por materiales, técnicas e industrias del lugar. De la misma forma, la restauración km 0 podría entenderse como aquella que acomete la reparación, consolidación y refuerzo del edificio con materiales, técnicas y oficios cercanos. Se conseguiría así ahorrar esfuerzos de desplazamiento, impulsar las economías locales, reducir la traza de carbono de la obra al disminuir el consumo de energías de transporte y propiciar la adecuación material al lugar.

La restauración km 0 equivaldría a una filosofía de intervención en los edificios que previera su mantenimiento, reparación o rehabilitación potenciando la utilización de materiales, técnicas constructivas y mano de obra local. De este modo se podría mantener el tejido económico de los oficios, artesanos y constructores locales e incentivar

el carácter y la diversidad de la arquitectura vernácula.

En la arquitectura y, por extensión, en la restauración km 0, los materiales se podrían manufacturar, comercializar y vender en su zona de producción. La restauración km 0 favorecería el material local en su genuinidad frente al material global, que, a menudo, no posee un origen certificado o una composición clara, ahorrando al mismo tiempo en el proceso del transporte del producto, también en términos de la contaminación derivada de dicho transporte. Además, tal como argumenta David Morris (2007), producir y comprar localmente empodera a la comunidad, mientras que la distancia la empobrece. Se trataría de defender la construcción, la producción local e incentivar la venta directa de estos productos del pequeño productor al consumidor o constructores locales, y favorecer el consumo de materiales autóctonos y productos de proximidad, cuyo empleo corre, a veces, el riesgo de desaparición.

En línea con el movimiento Slow Food, se podría afirmar que la filosofía de la arquitectura y la restauración km 0 perseguiría, fundamentalmente, que los materiales que utilizamos en la construcción tuvieran una manufactura de calidad, que hubieran sido producidos de forma limpia sin perjudicar el medio ambiente, el bienestar animal y la salud humana, y que los productores de los mismos fueran recompensados de forma justa por su trabajo. De esta forma permitiría aunar lo mejor de la tradición constructiva autóctona con los materiales locales y la bioproducción.



En paralelo con el mundo de la gastronomía, los criterios para que una restauración fuera considerada km 0 serían que, al menos, un 40% de los materiales fueran locales, incluyendo los materiales principales utilizados en la intervención. Esto implicaría que el constructor o el promotor los comprara directamente al productor y que este los hubiera manufacturado a menos de 100 kilómetros, que hubiera sido producido de manera sostenible, eventualmente con certificación ecológica, garantías de fabricación sensata, sello FSC (Forest Stewardship Council) en el caso de la madera, etc.

La restauración km 0 pretendería luchar contra la globalización de los acabados y las soluciones, y defendería la idiosincrasia de la arquitectura tradicional autóctona. Pero este tipo de restauración no implicaría necesariamente la reproducción de las técnicas vernáculas durante la restauración del edificio. La conservación e incluso la reparación de lo existente no equivaldrían a su refacción a costa de la destrucción de la materia histórica. La restauración de un edificio tradicional debería partir, en términos generales, de la conservación de la materia existente, para lo cual a menudo se necesita el concurso de técnicas específicas de reparación, consolidación o resarcido de lagunas de la construcción que pueden coincidir o no con las técnicas originarias de construcción del edificio. Además, la reproducción acrítica de las técnicas en la restauración vela por la conservación de los oficios y los materiales propios, pero podría generar un contraste importante por su aspecto recién terminado en el contexto antiguo de la fábrica histórica.

La sostenibilidad intrínseca de la restauración

Parece ya ineludible aceptar que, por cuantos esfuerzos queramos realizar para erigir un edificio sostenible, de entrada, el edificio más sostenible es el que ya existe, especialmente aquellos calificables como arquitectura vernácula construidos generalmente antes de la segunda mitad del siglo XX. Conservar rehabilitando el edificio existente es más sostenible que demolerlo y construir un edificio de nueva planta, consumiendo de nuevo ener-

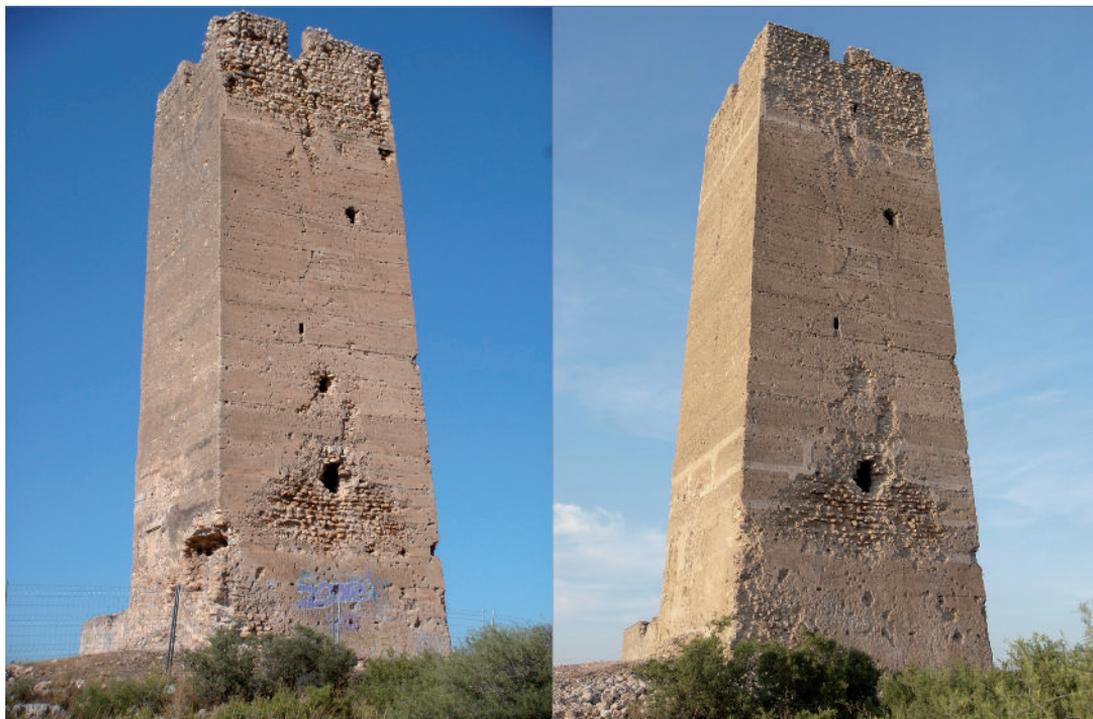


Restauración de un jardín en el antiguo solar de un convento de franciscanos demolido ignominiosamente hace tan solo quince años en Vinaròs (Castellón), cuya huella se ha querido evocar recomponiendo el trazado de los muros del monasterio con los escombros (baldosas, sillares, losas, tejas, etc.) surgidos durante la excavación del seguimiento arqueológico, evitando así la generación de residuos para el medioambiente, arraigando los hallazgos arqueológicos de los materiales de construcción a su lugar originario de proveniencia, y reparándolos en "muros de escombros en seco" de manera poética y a la vez reivindicativa de la memoria local (foto: Vegas & Mileto).



Forjado de entablado del siglo XVII en Granada, restaurado manteniendo, reparando y nutriendo la madera con dos aplicaciones sucesivas de aceite de linaza (foto: Vegas & Mileto).





Restauración de una torre islámica del siglo XIII en tapia en Bétera (Valencia), utilizando los mismos materiales que se usaron originariamente en la construcción, esto es, la cal y la misma tierra, arena, gravilla y piedra que había caído al pie de la torre durante todos estos siglos de erosión, como si la tapia de la torre hubiera querido volver al terreno de donde surgió como material de construcción (foto: Vegas & Mileto).



De-restauración de un edificio tradicional según principios de la restauración km 0, que consistió en desvestirlo de revestimientos espurio aplicados en una restauración de 1977 –principalmente falsos techos, terrazos, impermeabilizaciones asfálticas y morteros de cemento que impedían la transpiración– para desvelar la construcción que se escondía detrás y, aunque se habían perdido todos sus acabados originales, permitir al menos una cierta identificación cultural con el lugar a través de su construcción, además de la transpiración del edificio tradicional. Torrealta (Valencia) (foto: Vegas & Mileto).

gía en la producción y proceso de materiales de construcción y generando escombros y una traza de carbono importante que difícilmente llegaría a compensar el nuevo edificio, ni siquiera en muchos años, aunque se construya con criterios sostenibles, pasivos o de ahorro energético.

La conservación de la arquitectura existente no solo reduciría los escombros y los desechos y optimizaría los esfuerzos originarios de la construcción prolongando la vida del edificio, sino que también revertiría en el respeto a la naturaleza, la protección del paisaje cultural, al mantenimiento de la identidad local, y en el reconocimiento de sus valores intangibles expresados a través de la manufactura y las técnicas constructivas utilizadas en la construcción del edificio tradicional.

La conveniencia de la conservación de los edificios existentes, desde el punto de vista de la sostenibilidad, llegaría hasta el punto de mantener,



en ocasiones, soluciones impropias materializadas en la restauración de las últimas décadas, siempre que no estuvieran generando patologías a corto plazo. Es el caso, por ejemplo, de intervenciones irreversibles, como podría ser la inserción de zunchos de hormigón en una fábrica de mampostería que suponen un daño irreparable en la materia construida y rigidizan el comportamiento de la fábrica, zunchos que se podrían mantener siempre y cuando no provocaran patologías inmediatas, considerando, además, la dificultad en demoler y revertir este tipo de elementos.

Una restauración km 0 no tendría por qué renunciar al uso de nuevos materiales que poseyeran un carácter auxiliar. La restauración km 0 surgiría del respeto a la sustancia construida del edificio existente que puede implicar, por ejemplo, el uso eventual de un tornillo de acero cincado, una chapa metálica o una varilla de fibra de carbono, en aras a conservar el elemento existente, frente a la opción de su sustitución completa. En cualquier caso, de la misma forma que sucede en la cocina km 0, la aportación de elementos nuevos debería ser secundaria respecto a la aportación de materiales, técnicas y sabiduría local que deberían representar la parte principal de la intervención.

Este mantenimiento del edificio existente por cuestiones de reducción del gasto económico medioambiental o incluso personal, como demostraremos en mayor detalle a continuación, revierte también en la valoración de la propia arquitectura, del legado construido del pasado y de la identidad propia expresada a través de la cultura material que atesoran los edificios.

La filosofía de la restauración km 0 no solo contemplaría la reducción de la huella de carbono por los motivos anteriormente expresados sino que también fomentaría el redescubrimiento y la apreciación por los materiales, los oficios, las técnicas y los edificios locales.

Aspectos económicos

Más aún, la restauración de la arquitectura tradicional puede convertirse en un recurso fundamental para la recuperación de la economía local. La restauración de un edificio existente no solo es



Restauración de un edificio anónimo de viviendas en Valencia cuya construcción data de finales del siglo XVI, con sucesivas transformaciones en la segunda mitad del siglo XVIII y los siglos XIX y XX. El edificio, inicialmente destinado a derribo para construir un edificio similar, fue recuperado manteniendo las trazas de todas las etapas de construcción y transformación anteriores, cuya filosofía de reaprovechamiento sirvió para inspirar la restauración km 0 del siglo XXI, prolongando una vez más la vida de un edificio que constituye como muchos otros edificios anónimos, un verdadero museo de la evolución de la vivienda en la ciudad (foto: Vegas Et Mileto).

más económica para el medioambiente, como acabamos de demostrar, sino también para el bolsillo del propietario. Pero, incluso suponiendo que el coste de la restauración frente a la nueva construcción fueran equivalentes para el medioambiente y el propietario, la mayor inversión en mano de obra local que supone la restauración fomenta la economía local en una proporción hasta ocho veces mayor. Si se utilizan materiales de construcción de producción local, según la filosofía de la restauración km 0, además de fomentar los oficios, los maestros y artesanos locales se está invirtiendo



Reparación de un revoltón de yeso perdido de un forjado con molde de madera y yeso líquido vertido por la parte superior, según la tradición local, para garantizar su compatibilidad física, química, material y estructural con el resto del forjado histórico todavía existente, en Sesga (Valencia) (foto: Vegas & Mileto).

en la producción, la autonomía y desarrollo de los recursos locales.

La restauración km 0 consume muchos menos recursos y energía, y genera menos dióxido de carbono en el ambiente durante la construcción. Esto no solo permite un ahorro en el transporte de escombros sino que también demuestra ser más económico que el suministro de materiales de construcción para un nuevo edificio, además de evitar la necesidad de maquinaria de gran tamaño durante la construcción. Pero el uso de materiales y técnicas locales en la restauración de la arquitectura tradicional, que son el resultado precisamente del uso ventajoso de los medios y recursos locales apenas transformados, también favorece un ahorro importante que ayuda a reducir la contaminación del medioambiente.

La restauración km 0, independientemente de su coste absoluto, que normalmente es menor que una construcción de nueva planta, no solo ejerce una influencia positiva en el desarrollo de la economía local sino que también genera demanda de mano de obra y preserva los oficios y técnicas tradicionales de la construcción, ayudando simultáneamente a salvaguardar la identidad cultural de cada lugar.

Conclusión

La conservación, restauración o rehabilitación de un edificio existente representaría en sí misma una actitud sostenible, por la eventual reducción de escombros, la prolongación de la vida útil del edificio y el menor coste medioambiental derivado del desecho, el transporte, la producción y el procesamiento de los nuevos materiales de construcción. La restauración km 0, que hemos tratado de definir en este texto, invitaría a elevar el grado de exigencia y buscar soluciones de reparación que surgieran de los materiales locales y de la reinterpretación eventual de las técnicas tradicionales utilizadas en el edificio con una voluntad doble de promover el desarrollo local y ahorrar en gastos de transporte. Lejos de representar simplemente una dificultad autoimpuesta, esta actitud permitiría aguzar la imaginación y la creatividad –de la misma forma que sucede en los restaurantes km 0– en la búsqueda de las soluciones más compatibles y económicas para el propietario y el medioambiente. Esta filosofía se podría aplicar a una arquitectura contemporánea km 0, especialmente en contextos rurales o países en vías de desarrollo. Además, los conceptos de arquitectura y restauración km 0 implicarían el protagonismo activo de la población, la mano de obra y los recursos locales que, no solo recibirían en contrapartida un mayor desarrollo sostenible de la economía local relacionada con la explotación y el procesamiento de los recursos locales sino que también aprenderían a apreciar la arquitectura tradicional propia como un recurso más de su paisaje cultural e identitario a administrar sabiamente para las generaciones futuras.

Nota: Las ideas de este artículo están desarrolladas en mayor longitud en el artículo "0 Km Conservation" publicado en C. Mileto, F. Vegas, L. García, V. Cristini (ed.), Vernacular Architecture. Towards a Sustainable Future, CRC-Balkema / Taylor & Francis Group, Londres, 2015, pp. 737-740, al que se remite para mayor detalle. Todas las fotos pertenecen a intervenciones de restauración realizadas por los autores.